

# CIUDADANOS, PARTIDOS Y DEMOCRACIA

## *La hora de todos*

*Por: José Carlos Méndez Trujillo<sup>1</sup>*

“Sacrílego es hacer daño a la patria; luego también al ciudadano, pues éste es una porción de la patria --y las partes son santas si es venerable el todo--; luego también al hombre, que es conciudadano tuyo en una ciudad más grande... Así como todos los miembros viven en buena armonía y vecindad porque a cada uno interesa la conservación de todos, así también los hombres condescenderán con cada uno de ellos porque nacieron para vivir en común y la sociedad no puede salvarse sino por la protección y el amor recíproco de sus partes.” Séneca, De la ira, ii, 31.

La reflexión sobre el enunciado Ciudadanos, Partidos y Democracia la asumo desde la realidad política que México está viviendo: una transición democrática, y las campanas, ya en marcha, para las elecciones presidenciales del año 2000, Escribo "transición democrática" y no "transición h a c i a la democracia (como sostienen algunos), porque considero que, con todas sus limitaciones y problemas, en México estamos ya viviendo una transición democrática. Y este hecho, que es un hecho histórico, es un cambio que nos exige a todos, ciudadanos y partidos, cambios objetivos y subjetivos para ejercer democráticamente nuestros derechos y obligaciones políticas.

Reconocer que el proceso de transición democrática es real es necesario por dos razones principales: para no caer en visiones maniqueas --que irremisiblemente llevan a confrontaciones estériles, y para aprender a jugar bien, digámoslo así, las nuevas reglas del juego. Estar hoy en la oposición no es lo mismo que hace una década, y es preciso entender esto para que no nos ocurra lo que al pez que una vez que lo sacan de la pecera y lo echan al lago sigue nadando en círculos.

No es lo mismo participar en elecciones sabiendo de antemano (y no por dones adivinatorios, sino por casi setenta años de experiencia) que el voto no sería respetado, que hacerlo sabiendo que hoy existen las condiciones para que el voto sea respetado (lo que no significa que eso será gratuito y que no haya que luchar por ello).

Evidentemente, el fraude electoral aún no está totalmente erradicado, pero ya no puede ser absoluto, y es mucho más difícil hacerlo. Hay, pues, que erradicar la identidad de oposición" (Me opongo, luego existo), y asumir una identidad de contendiente democrático, pues sin esto no podremos arribar al necesario clima de concordia, de diálogo, de negociación legítima que la transición conlleva.

Sin este cambio objetivo y subjetivo estaremos ciegos a lo que ocurre hoy dentro del PRI y dentro del propio Gobierno, que no son monolíticos y en los cuales hay muchos individuos

---

<sup>1</sup> El autor es originario de Zamora Michoacán; Es Lic. en Letras de la UNAM; Actualmente es Editor .de Publicaciones de la UANL, y colaborador de la Revista Armas y Letras de la UANL y de la Sección Cultural, Vida y Acentos del periódico El Norte.

que en diversos grados y con diversos matices quieren la democracia, así sea por sus propios intereses. No obstante, esto amplía el espacio político y confluye a la transición.

Quizá todo lo dicho hasta aquí quede más claro si se considera que la transición que México está viviendo no se limita a lo político (en el sentido electoral, en el de gobierno), sino que se trata de una transición profunda, cultural, y aunque esta transición aún no sea explícita y debidamente acotada, sus signos, sus expresiones, están a la vista, unas más otras menos, y ya hay quienes lo han comprendido y empiezan a decirlo, a hacer sus primeras formulaciones. Por ejemplo, el reconocimiento jurídico a las Iglesias, en particular a la católica, es quizá el hecho más importante de esta transición profunda; y eso implica responsabilidades muy grandes de uno y otro campo.

Las historias oficiales ya no son aceptadas del todo, y se empiezan a revisar periodos, hechos, personajes. No es este el lugar para profundizar en torno a esta transición, lo cual es tarea urgente, pero tiene que tomarse en cuenta. La hora del ciudadano Militante o no de algún partido, quien decidirá las próximas elecciones es el ciudadano. Si bien es cierto que por décadas en México no se ha respetado el voto --que en una democracia representativa como lo es la nuestra es el medio por el que el ciudadano ejerce su voluntad política--, también es cierto, como señalamos, que en la última década la ciudadanía ha ido ganando niveles cada vez mayores de respeto al voto, y que de buen o mal grado el Gobierno los ha ido reconociendo.

Muestra de ello es que hoy la oposición gobierna varios estados, muchos municipios, y que tiene cada vez más diputaciones (federales y estatales) y senadurías. Y existe el Instituto Federal Electoral (IFE), y se han logrado importantes, aunque insuficientes, reformas a la Ley Federal Electoral. Sin embargo, el abstencionismo todavía es muy grande, y esto es un problema. Ciertamente, por décadas la causa principal del abstencionismo fue la falta de respeto al voto (para qué voto, si no se respeta el voto, si ya sé quién va a ganar, si los candidatos oficiales se deciden por dedazo...).

Hoy, los cambios ocurridos obligan a todo ciudadano a participar votando. Y debe hacerlo responsablemente, reflexionando su voto, sabiendo que cada voto cuenta, y que cuanto más ciudadanos voten más respetado será su voto. Por desgracia (y aunque hay matices), en general los partidos políticos no están educando al ciudadano para que vote. Están, eso sí, pidiéndole su voto, tratando de ganar su voto, pero no lo están educando políticamente. Hacer que se empadrene es necesario, y es un paso; pero es insuficiente y no garantiza que el ciudadano acuda a votar. Y si a esa falta de educación por parte de los partidos agregamos que algunos gobernantes de oposición han incumplido promesas, o que no hacen todo lo que por ley deberían hacer, y que lo mismo o más podría decirse de muchos congresistas que, obtenido el voto y alcanzada la curul, se han olvidado de sus electores, no sólo no se está combatiendo el abstencionismo, sino que se le está agravando. Y esto no lo invento; se escucha en las calles. ¿Algún partido ha hecho una encuesta sobre qué piensan los electores sobre la

gestión de su respectivo diputado? Valdría la pena saberlo. Saber si se ha hecho y saber qué piensan los ciudadanos.

Se presupone que el ciudadano --el ciudadano en general (i n g e n e r e) y el ciudadano individual-- es el sujeto y el objeto de la democracia representativa, el ciudadano es el más indefenso. El ciudadano particular carece de medios para expresarse, sus propuestas y sus reclamos no trascienden. En parte, esto explica la proliferación de Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) y de agrupaciones ciudadanas en torno a problemas específicos. Y ocurre también que cuando alguna de esas asociaciones alcanza notoriedad --ya por su fuerza, ya por la naturaleza de sus demandas-- algunas veces algún partido las acoge por la ventaja política que ello le significa (luego negocia la demanda), y coopta a su líder a cambio de una curul, siempre y cuando éste le garantice, si no la afiliación sí el apoyo de dicho grupo. Y cuando no se le cumple, el ciudadano regresa a sus antiguas simpatías o ingresa al abstencionismo (o regresa a él), pues "todos son lo mismo".

Sin embargo, el ciudadano tiene que votar en estas elecciones del año 2000, porque es su deber y por su propia dignidad. Y también para tener derecho moral a reclamar, en su caso; y para no quejarse, tanto si no votó como, si lo hizo, no quejarse de que el candidato por el cual votó, irreflexivamente, luego lo defrauda, Subrayo lo de la dignidad del ciudadano porque electoralmente hablando su dignidad no sólo ha sido violada por décadas con el robo de votos, o con la falta de respeto al voto, sino también por prácticas como la compra del voto, con dinero o con prebendas (o con promesas de prebendas: o con el voto forzado. Todo eso ha dañado la dignidad del ciudadano, y ha conllevado la falta de credibilidad en las instituciones y en las autoridades.

Recuperar la dignidad del ciudadano, y la credibilidad en las instituciones y en las autoridades legítimas es una tarea a realizarse como parte de la transición, y esto le incumbe a todos.

De cualquier manera, y hagan lo que hagan al respecto partidos, instituciones y autoridades, cada ciudadano deberá velar por sí mismo, por mantener (o recuperar, en su caso) su propia dignidad política, votando reflexiva y libremente. Tal como están hoy las cosas la contienda es real, y hay varias opciones electorales, por lo que el voto contará de manera decisiva.

Evidentemente habrá muchas presiones, promesas, dádivas y demás, pero el ciudadano debe saber que hoy son muy grandes las posibilidades de que su voto se respete. Y debe votar. Los partidos Se ha hablado --y se habla-- mucho del desprestigio de los partidos políticos. Y la verdad es que hay razones para ello. Aunque con diferencias, en algunos casos notables, puede decirse que los partidos no están actuando a la altura de las circunstancias, a la altura de la transición; y tampoco (también con diferencias) los candidatos.

El principal problema de los partidos en las democracias liberales es que estos se orientan principalmente por la toma del poder, y no por el logro del bien común. Claro que todos hablan de mejorar las condiciones de vida, de justicia social, y hasta del bien común, pero esto no es lo que rige su práctica principal. Por eso atienden más al cómo ganar las elecciones que a la elaboración del programa de gobierno, más allá de los enunciados generales; un programa que especifique claramente lo que se propone, y que detalle cómo realizarlo. Los meros enunciados, aun cuando sean correctos, no bastan. ¿Quién se puede oponer al mejoramiento constante de toda la población? Pero tiene que decirse cómo lograrlo, con qué recursos, con qué leyes, con qué reformas, etc.

Dos ejemplos. En economía se habla, por ejemplo, de que hay que crecer a X por ciento anual, de que hay que cambiar la actual política económica y de que ésta debe estar al servicio de la población y no a la inversa. Todos de acuerdo (o casi todos); pero cómo lograrlo, qué es lo que hay que hacer para lograr esa X tasa anual de crecimiento es lo que no se dice. Es obvio que lo primero que habría que hacer es cambiar la política crediticia, bajar las tasas de interés y dirigir el crédito hacia las actividades productivas prioritarias (agricultura, energía, infraestructura de transporte, infraestructura hidráulica, educación, vivienda, salud...) Y especificar qué hacer en cada una de estas áreas, cuál sería su costo, cómo generar esos recursos, cuáles serían sus beneficios.

Los problemas, claro, empezaría con la cuestión de la tasa de interés, pero hay que elaborar una propuesta razonada; o no habrá esa X tasa de crecimiento anual.

En educación, todo mundo sabe que es un desastre y que hay que reformarla (incluso la actual reforma hay que reformarla). ¿Pero cómo? ¿Dónde está lo esencial: el currículum, siquiera el de la escuela primaria? Mientras no se planteen los currículums no se hará nada real, sino parches sobre parches. El programa básico puede ser incorrecto (o incluso irrealizable), pero hay que tenerlo, proponerlo y someterlo a discusión. Esto debía ser el eje de una campaña electoral.

Regresando a la cuestión del bien común, hay que recordar que este es un principio que se funda en lo moral; y en la justicia, en su sentido más amplio y más profundo. Como es sabido, el principio del bien común lo formuló la Iglesia católica, razón por la cual la Ilustración y el liberalismo lo combatieron, alegando que la cuestión no debía regirse por lo religioso, sino por la razón, argumento con el cual lo despojaron de su base moral, dejándolo a la libre interpretación, con los resultados conocidos y hoy neopadecidos.

El anteponer como prioridad pragmática (y psicológica) la toma del poder al logro del bien común se cometen muchas desviaciones. Se descuida la educación de los miembros y, por extensión, la de la población cuyo voto y apoyo se buscan, y se contribuye a que en su interior las cosas se vayan decidiendo por grupúsculos, por cúpulas, por caudillos, en detrimento de la democracia interna.

Se moviliza a los miembros y se va a la población durante las campañas electorales, y, en algunos casos, cuando se convocan movilizaciones por tal o cual demanda o en defensa de tal o cual cosa, pero en el ínterin no se educa ni se organiza ni a los propios miembros ni a la población.

Uno de los problemas más graves que conlleva el regirse por la toma del poder y no por el bien común es la práctica, en algunos, de oponerse a todo por el mero hecho de provenir del partido en el gobierno --del oponente--, lo que entorpece las cosas y propicia, incluso, que en represalia propuestas correctas suyas sean rechazadas por el Gobierno.

Otra consecuencia grave del mismo problema es el de los fines y los medios, lo que conlleva a alianzas por encima de los principios, con tal de ir ganando posiciones de poder, con grave daño para el bien común y para la democracia.

Los partidos y la cultura Puede parecer extraño referirme aquí a los partidos y la cultura, pero no lo es. Al menos no en una democracia representativa.

Ha sido en México falla tradicional de los partidos el haber ignorado la cultura, respecto a la cual ni realizan actividades, ni tienen una concepción, ni, en algunos casos, siquiera una noción. Y los partidos requieren cultura. Tanto para sí mismos, para sus propios miembros, como para sus simpatizantes y para la población en general. Es obvio (o lo pareciera) que a mayor cultura de los miembros de un partido mayor sería su fuerza política, y que una actividad cultural verdadera hacia afuera atraería al partido miembros y simpatizantes.

En última instancia, el desarrollo y el ejercicio real de la democracia depende de la educación de los ciudadanos. A mayor educación de los ciudadanos menos posibilidades de manipulación, mayor ejercicio real de la democracia, de sus derechos, y de sus obligaciones. Estar alfabetizado --cada día se demuestra más-- no significa estar educado. Saber leer no es sinónimo de educación; es paso previo y necesario, pero no sinónimo. Poder leer formal, técnicamente, un libro no significa poder comprenderlo. Para eso se requiere educación, cultura, y "práctica", por decirlo así. Una sola pregunta: ¿Saben los partidos políticos cuántos libros lee al año cada uno de sus miembros? ¿Les importa saberlo? ¿Es importante saberlo? ¿Tiene ello algo que ver con la política?

#### Corolario

Redacté en esta forma este ensayo --que quizá debió titularse "Como yo lo veo"--, porque pienso, como dije, que realmente existe un proceso de transición política, y que éste es parte, crucial, de una transición más profunda.

Si enfatizo la relación entre la cultura y los partidos políticos es porque la democracia real está en proporción directa al grado de educación y cultura alcanzado por la población de una nación, y porque la cultura es el vínculo necesario entre la transición política y esa

transición más profunda, indispensable para empezar a ser por fin la nación por la que tantos años ha luchado generación tras generación, para ver los errores cometidos y los aciertos, vinieren de donde vinieren.

En todo caso, la cultura es el espacio que nos permite la concordia, el diálogo, como supieron verlo en su momento, y lo hicieron, un Ignacio Manuel Altamirano y un Alfonso Reyes, entre otros.

Lo redacté en esta forma porque pienso que aún hay tiempo (de aquí a las elecciones del año 2000) para corregir, así sea en lo esencial, lo que pienso que son errores o defectos.

Y porque pienso que hay un optimismo creciente en la mayoría de la población de que las cosas pueden cambiar para bien. Una muestra de esto es la llamada "sociedad civil" -- noción vaga, ambigua, y en rigor impropia--, que en una de sus acepciones se expresa como Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) y como esa multitud de asociaciones que surgen en torno a diversos problemas, la mayoría problemas debidos a incumplimientos gubernamentales, pero no sólo. Muchas de estas demandas, y en algunos casos propuestas, deberían encontrar cauce en los partidos políticos, pero no ocurre así. Y peor todavía, en los casos en que algún partido los ha acogido ha sido a cambio de su adhesión y generalmente coptando a su líder mediante una dádiva, ya sea una curul o algún cargo directivo, propiciando así cacicazgos y caudillitos.

Pero detrás de esa multiplicidad de asociaciones, de ONGs, de "sociedad civil" en movimiento se puede percibir un gran fermento político de cuyo buen fin son en buena parte responsables los partidos políticos.

De sus propuestas, de su trabajo organizativo, de su firmeza ante irregularidades y restricciones que aún contiene la ley electoral, pero también de su capacidad de diálogo y acuerdos legítimos, depende que ese fermento pueda ser definitivo para el buen desarrollo de la transición.